

sadas riquezas que de la misma edad les impidieron gozar tan deliciosa suerte. Si existe felicidad en la tierra, hay que buscarla en el albergue en que vivimos.

Al cabo de algunos meses, Emilio entra una mañana en mi cuarto y me dice, dándome un abrazo: «Maestro mío, felicidad a vuestro hijo, que en breve espera tener la honra de ser padre. ¡Oh, qué afanes van a cargar en nuestro celo, y cuánto vamos a necesitar de vos! No permita Dios que os deje yo educar al hijo después de haber educado a su padre, ni que otro que yo desempeñe obligación tan dulce y sacrosanta, aunque hubiese de escoger con tanto acierto para él como para mí escogieron. Pero sed el maestro de los maestros jóvenes. Aconsejadnos, dirigidnos, que seremos dóciles: mientras yo viva, necesitaré de vos. Ahora, más que nunca, os necesito, porque empiezan mis funciones de hombre. Habéis desempeñado las vuestras; guiadme para imitaros, y descansad, que ya es tiempo».

FIN

## INDICE

	<u>Páginas</u>
Continuación del Libro IV.—Profesión de fe del presbítero saboyano.....	1
Libro V.....	167





